

AGENDA CIUDADANA VECINOS DISTANTES (II)

Lor

enzo Meyer

El retorno a la normalidad: lo que fue sigue siendo.

El triunfo tan abrumador de la propuesta 187 en las elecciones del 8 de noviembre en la California norteamericana - propuesta que busca hacer aún más difícil la vida de los trabajadores mexicanos indocumentados y sus familias, negándoles servicios sociales elementales-, ha dejado en claro que, pese al Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México y los Estados Unidos, una buena parte de los ciudadanos norteamericanos desean que los mexicanos en particular y los latinoamericanos en general, sigan siendo eso que Alan Riding definió como "vecinos distantes"; Distantes sí, pero mejores compradores de productos norteamericanos de lo que fueron antes. Hoy está claro que la luna de miel del "matrimonio por conveniencia" (como definió a la relación el profesor Sidney Weintraub) entre el gobierno de Carlos Salinas y el de Estados Unidos, ya pasó, y que la esencia de la relación entre los dos países sigue siendo la que siempre ha sido: contradictoria. Una relación donde el conflicto y el choque de intereses conviven con la cooperación y el mutuo beneficio.

La crisis de fin de sexenio que se presenta puntualmente desde 1970, ya se ha institucionalizado, y en esta ocasión, y como si los problemas locales no fueran suficientes, trae un componente internacional: la concreción en leyes contra los

trabajadores indocumentados mexicanos, de la actitud conservadora, algo xenófoba y quizá racista, de una parte de la sociedad norteamericana.

Es realmente mala suerte de Carlos Salinas que su cierre sexenal, de suyo difícil, haya coincidido con un espectacular y agresivo resurgimiento de la derecha norteamericana en general y de la californiana en particular. En este último caso, esa derechización -que busca acabar con el "Estado benefactor" que nació con el *New Deal* de los años treinta- encontró en los miles de trabajadores indocumentados mexicanos, un chivo expiatorio sobre el cual hacer recaer la culpa de problemas coyunturales y estructurales que enfrentan los californianos y otros norteamericanos.

En principio, la derechización de Estados Unidos en las elecciones de noviembre, debió haber embonado muy bien con el resultado de las elecciones mexicanas del 21 de agosto. En efecto, nuestras elecciones reafirmaron el carácter conservador y tecnocrático del proyecto político nacional 1994-2000. Sin embargo, la realidad fue otra, pues la profunda diferencia en el desarrollo de las economías de ambos países, hizo que la actitud antiinmigrante de la derecha norteamericana creara un problema más para la cargada agenda gubernamental mexicana de aquí a fin de siglo.

Las razones norteamericanas.

El problema inmediato de la California norteamericana es la pérdida de dinamismo de su economía. Este fenómeno, a su vez, es en buena medida producto del cierre o reducción de actividades

conectadas con la industria militar en ese estado debido al fin de la guerra fría. Sin embargo, los factores de expulsión de mano de obra de México hacia Estados Unidos obedecen a otra lógica, y los mexicanos siguen llegando a California independientemente de la depresión de su economía. Estas contradicciones laborales y económicas entre los dos países, se mezclan con la ola derechista que hoy baña a todo el sistema norteamericano (y que se expresa en triunfo abrumador del Partido Republicano en el Congreso, en las legislaturas locales y en la mayoría de los gobiernos de los estados), y que ya ha producido una auténtica e histórica contrarrevolución.

Uno de los temas de la agenda contrarrevolucionaria norteamericana, es justamente la disminución de las prestaciones sociales a los grupos que se encuentran en el fondo de la escala social. Cortar todo servicio social a los inmigrantes indocumentados que llegan del 3er Mundo ofreciendo su mano de obra a precios muy bajos, es completamente congruente con el esquema de valores hoy dominante en Estados Unidos. En realidad, el objetivo final de los ganadores en las elecciones en Estados Unidos -el ideal- es alentar la repatriación voluntaria de los indocumentados con una legislación tan dura que haga insostenible la vida del inmigrante ilegal.

Negar servicios médicos y educativos a los indocumentados y a sus 300 mil hijos en California y, además, usar a los administradores de escuelas y clínicas para identificarlos y proceder a su deportación, es hacer que la gran comunidad indocumentada mexicana y centroamericana en California -y quizá

pronto las de otros estados- viva en una situación de permanente zozobra e indefensión. Los californianos, encabezados por su gobernador Pete Wilson -aspirante a la candidatura presidencial- justifican su política draconiana con tres argumentos principales, ninguno de los cuales, dicen, es racista: a) los trabajadores indocumentados están violando la ley, b) ocupan empleos que deberían ser de norteamericanos o inmigrantes legales y c) hacen uso de servicios educativos y médicos que no son sufragados por ellos, sino por los residentes legales y que equivalen a 2,500 millones de dólares anuales.

Está por demostrarse que la contribución global de la mano de obra barata de los mexicanos a la economía global californiana, y que le permite competir adecuadamente en ciertos servicios y productos, es inferior al costo de los servicios sociales que usan. Sin embargo, argumentos costo-beneficio de poco valen frente a una opinión pública irritada por el deterioro de su nivel de vida y la limitación de su horizonte de oportunidades. Esta opinión pública ve en el otro, en el racial y culturalmente distinto -pobre, moreno y que no domina el inglés-, una amenaza a sus valores profundos -no exentos de racismo-, y para preservarlos busca eso que se ha llamado "la recuperación del control de la frontera". Como ya lo ha demostrado Jorge Bustamante, históricamente las olas antimexicanas y antiextranjeras en los estados norteamericanos fronterizos, invariablemente han coincidido con épocas de "vacas flacas" en las economías regionales o en el sistema en su conjunto. En estas condiciones de irritabilidad e intolerancia colectivas, el

migrante indocumentado y pobre es, por extraño e indefenso, el blanco ideal para desahogar las frustraciones de la mayoría, para no buscar explicaciones más profundas y difíciles a sus problemas.

El arte de comerse el pastel y quedárselo.

Al negociarse el TLC, los norteamericanos explotaron a fondo sus ventajas sobre México -siempre lo han hecho así, desde el siglo XIX- y vieron en el acuerdo de libre comercio una forma de hacer llegar al sur del Bravo, sin barreras de ninguna clase, eso en lo que ellos tienen una enorme y clara ventaja: manufacturas, servicios, tecnología y capitales. Sin embargo, desde el principio Washington se negó a incluir en este libre flujo de factores de la producción, al único en que México tiene ventaja -si a eso se le puede llamar ventaja-, y que es la mano de obra abundante, joven y barata aunque no muy calificada.

La mano de obra no se incluyó en los acuerdos mexicano-americanos porque el Congreso norteamericano se hubiera negado a firmar el TLC; el público del país del norte no está dispuesto, como los europeos, a integrar sus economías nacionales con las de los vecinos al punto de aceptar lo que en la teoría neoliberal es imperativo: que al libre flujo entre países de bienes, capitales y servicios se le una también el de la mano de obra. Sin embargo, esto es imposible porque el público norteamericano está en contra de la inmigración en grandes números, especialmente de la proveniente de países del tercer mundo. En realidad Carlos Salinas explotó bien esta actitud y advirtió: si México no puede enviar sus productos a Estados Unidos y recibir un flujo

importante de capital, entonces va a enviar allá a sus trabajadores como migrantes indocumentados. El argumento era adecuado al fin que se buscaba, pero también era falso.

El problema de fondo

En un año de existencia, el TLC ha creado cien mil nuevos puestos de trabajo en Estados Unidos, pero en México no se ve algo semejante sino lo opuesto. En realidad, la apertura del mercado mexicano a la competencia de la economía más poderosa del planeta ha tenido como consecuencia inmediata la quiebra de muchas pequeñas y medianas empresas mexicanas y la consecuente desaparición de empleos. En 1993, último año en el que tenemos datos, el déficit comercial mexicano con el exterior -básicamente con Estados Unidos- fue de 13.5 miles de millones de dólares; México es mucho mejor importador que exportador.

Hasta ahora, la economía neoliberal mexicana no ha sido, ni de lejos, capaz de aumentar sus exportaciones a los Estados Unidos al ritmo que requiere la creación de empleo. Las cifras al respecto son dramáticas: entre 1988 y 1993, la población económicamente activa en México aumentó en casi seis millones de personas, pero la economía únicamente pudo lograr una creación neta de 750 mil plazas de trabajo, es decir, que de cada ocho mexicanos que demandaron empleo por primera vez, únicamente uno lo obtuvo. ¿Que fue del resto?, pues están desempleados, buscaron como sobrevivir dentro de la economía informal...o se marcharon para el único lugar donde se supone que se puede encontrar trabajo mejor remunerado que en el sector informal: a Estados Unidos.

El TLC no ha logrado aún lo que Salinas quiso hacer creer a los norteamericanos: que los trabajadores mexicanos tengan en su país las oportunidades que los animen a quedarse en casa y así evitar el correr los peligros y sufrir las humillaciones que implica ir de indocumentado a Estados Unidos. Los Estados Unidos, por su parte, tampoco han conseguido comerse el pastel y mantenerlo intacto; pues los empleos perdidos o no creados en México se han traducido en los indeseados inmigrantes mexicanos indocumentados en California y en muchos otros estados del vecino país. Es dudoso que la propuesta 187 logre realmente expulsar a los mexicanos en los números deseados por quienes la propusieron y la votaron, aunque sin duda la vida de esos mexicanos va a ser más difícil de lo que ya es.

En conclusión, la relación de México con Estados Unidos no ha cambiado tanto como se deseó creer cuando se logró la firma del TLC. Es verdad que la economía mexicana esta hoy más integrada que nunca a la norteamericana, pero las contradicciones entre los dos países son igualmente evidentes, de fondo, y sin solución a corto plazo. Estados Unidos quiere que México sea, a la vez, un comprador voraz, un buen destino para su inversión y un vecino distante; tal expectativa no es realista. Van a pasar un buen número de años antes de que los mexicanos dejen de buscar en Estados Unidos los empleos que aquí no existen. México no puede, aunque lo deseara, ser el vecino distante que quisieran los norteamericanos; va a ser el vecino necesitado que se hace presente todos los días en busca de la oportunidad que no tiene en su propia casa.

